

EL CONGRESO INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA DEL 49 Y SU RELACIÓN CON LA VIDA POLÍTICA ARGENTINA

Graciela Maturro

2018.

No es la primera vez que soy invitada a recordar el memorable Congreso de Filosofía que tuvo lugar en Mendoza en el año '49. Lo hizo la Universidad Nacional de Cuyo en el año 2009, convocando a unas jornadas sobre el tema, y luego publicó, en el año 2010, las conferencias y estudios que se hicieron en ese momento, incluyendo mi propia participación. Hice entonces una evocación testimonial, y un somero recuento de los actores y temas del Congreso, sin olvidar su cierre, pero de ningún modo propuse el acceso que ahora estoy planteando. Me hubiera parecido un abuso siempre indebido plantear un tema político ante el llamado institucional de la Universidad en la cual obtuve mi formación académica. En efecto, y no he dejado de decirlo, - pese a que por aquel tiempo la Universidad de Cuyo tuvo una declarada opción política- no soy proclive a la politización de la Universidad pública, como tampoco estoy a favor de un partido único ni del pensamiento único.

En suma, ante el llamado de una agrupación que se asume como peronista me propuse hacer un enfoque político del Congreso, desde mi propia posición en el movimiento nacional, asumida sin fanatismo desde muy joven, y nunca – según creo - desmentida. Pese a la modestia de mi contribución, he querido estructurarla en 4 puntos:

1º) Una introducción testimonial, ya que me fue dado a mis veinte años asistir al Congreso como estudiante de la carrera de Letras de la Universidad de Cuyo.

2º) La recordación del Congreso, sus organizadores, asesores y visitantes, su desarrollo y su cierre por el Presidente, Gral. Juan Domingo Perón.

3º) Una referencia al marco político, y al cierre del Congreso por Perón con el famoso texto que dio lugar a su obra La comunidad organizada.

4º) El aporte de mi evaluación personal sobre esa aproximación entre Filosofía y Política, sin omitir la confrontación entre tomismo y fenomenología, y los temas de la crítica de Occidente, el fin de la Modernidad, el Nuevo Humanismo y el destino de América.

Como se ve, hay bastantes temas y enfoques como para un trabajo de más envergadura y extensión, pero en atención a Ustedes trataré de ser breve y apuntar a la síntesis. También debo advertirles que el carácter testimonial del primer punto va a extenderse, en verdad, a toda mi exposición, y especialmente a esa última parte, que debo asumir responsablemente, pidiendo disculpas por referirme a mi propia trayectoria. (La vida propia, el pensamiento que bien o mal hemos desarrollado en ella, es uno de los pocos territorios que conocemos, sin embargo hay que disculparse de abordarlo. En este caso, como verán, lo he creído inexcusable).

I

Introducción testimonial. No puedo eludir mi presencia como estudiante y oyente en el Congreso, cuya importancia advertí entonces y fui comprendiendo más a lo largo de mi vida. La orientación de mis estudios e investigaciones- como intentaré

decirles al final- ha sido marcada por ese Congreso cuya presencia principal - aun ausente- fue Martin Heidegger. Tuve el privilegio de escuchar a lo largo de diez días a invitados que constituían la plana mayor de la filosofía internacional, a quienes dedicaré en seguida una recordación.

El año 49 fue muy fuerte para mí. Comenzó con la importante Convención Constitucional en el mes de enero de ese año, donde mi padre, el Ing. Domingo Maturo, fue uno de los convencionales constituyentes, por el Justicialismo; ese científico que había dejado muy joven el Ejército para estudiar la carrera de Física en Francia, y que a su regreso se incorporó a las filas del radicalismo, en 1923, apoyó la Revolución del 43, que encabezaron los militares de su promoción, y poco después se convirtió como otros radicales en seguidor del Coronel que ya insinuaba su liderazgo. Mi padre falleció al terminar ese año tan particular y cargado de significaciones.

Como mi mérito mayor es el ser testigo de tantos acontecimientos, debo decir que el Dr. Cruz fue nombrado Interventor en febrero del 46, apenas electo Perón para la Presidencia, y en ese momento convocó a un grupo de sus exalumnos de Paraná, La Plata y Mendoza a integrar un equipo de trabajo en esa Universidad nueva, que había sido creada en 1939. No puedo silenciar que entre esos exalumnos convocados estaba Sola González, juntamente con el latinista Guillermo Kaúl, los filósofos Diego Pro y Ricardo Pantano, junto a otros discípulos mendocinos como el historiador Toribio Lucero y el helenista Vicente Cicchitti. (Largo sería hablar del Rectorado de Cruz, a quien - según me decía muchos años más tarde Fermín Chávez- le debíamos un homenaje que nunca alcanzamos a hacer).

Vale decir que el triunfo del peronismo en febrero del 46 determinó la designación de Sola González en la Universidad de Cuyo, cargo que más tarde ganaría por concurso. Al comienzo ocupó la cátedra de Literatura Francesa, que hasta poco tiempo antes había tenido a su cargo nada menos que Julio Cortázar. (Y Cortázar, a quien tanto estudié, -y era amigo de Cruz, al que recuerda al dedicarle su cuento Cefalea- se retiró de la Universidad de Cuyo cuando fracasó su intento de formar un grupo de profesores adverso al peronismo) Sola llegó a Mendoza en el verano del 46, y yo me incorporé a mediados del 47, después de nuestro casamiento en Buenos Aires. Él me llevaba 11 años, y fue mi profesor, yo llegaba a Mendoza con 18 años, luego de haber iniciado mis estudios de Letras en Paraná.

Cruz estableció la convocatoria al Congreso a fines del año 47, al principio con alcance nacional, luego extendido a Europa y América y convertido en un Congreso con protagonismo del Gobierno Nacional, que sería cerrado por el Presidente. Es decir, durante el año '48 se fue preparando ese gran Congreso, que vino a realizarse en el otoño de 1949, entre el 30 de marzo y el 9 de abril de ese año. Mendoza se había preparado para recibir a filósofos de Europa y América, que recorrían la ciudad, sesionaban en pleno centro de ella -no existía por entonces el campus en terrenos alejados- y los congresales se reunían en una vieja escuela de la calle Rivadavia, lamentablemente demolida, donde funcionaban, a un paso del Rectorado, Filosofía y Letras y también Artes Plásticas; la vida universitaria cumplía con aquella antigua aspiración de integrar los saberes, y los estudiantes de artes plásticas paseaban por el patio de las palmeras con los de Humanidades. Pasaré enseguida a una recordación de organizadores, asesores y visitantes, pero cuento ahora, entre los encuentros, uno que luego he recordado

especialmente: el de Alicia Eguren, por entonces señora de Catella, que venía de Tucumán y más tarde sería conocida por su militancia junto a John William Cooke en tierra cubana.

Mi condición de esposa de un profesor de Letras me hizo participar un poco más que mis compañeros de estudios de la organización y realización de ese congreso en que conocí a quienes serían luego mis grandes amigos y maestros. No pude asistir totalmente a las sesiones y actividades del congreso, que incluían conciertos, paseos a la montaña, cenas en el Plaza Hotel- donde se hospedaban la mayoría de los visitantes, o visitas a las bodegas.- Ya había nacido mi primer hijo, y la actividad académica era compartida por requerimientos familiares, pero debo decir que el congreso fue conmoviente para la vida de la joven universidad, y determinó un clima especial, que se prolongó en los meses y años posteriores: se produjeron insólitos pronunciamientos o conversiones religiosas como la de Mauricio López, perteneciente a la Comisión Organizadora, quien renunció a sus cátedras para entrar en el Consejo Mundial de Iglesias, iniciando una vida de predicador itinerante hasta ser víctima del último Proceso Militar.

II

Pasemos a describir brevemente el Congreso en sí mismo. Era su presidente el Rector Ireneo Fernando Cruz, un nacionalista católico que había sido profesor de Lengua y Cultura Griega en Paraná. Su Vicepresidente era el mendocino Toribio M. Lucero y entre los vocales de esa Comisión Organizadora y Directiva brillaban nombres tan eminentes como el helenista Enrique François, el historiador Marfany, los profesores Carlos Astrada, Guido Soaje Ramos, Angel Vasallo, Nimio de Anquín, Eugenio Pucciarelli, Hernán Zucchi. Entre los iniciales organizadores estaban el Padre Juan Sepich, quien fue la

cabeza más visible del tomismo, uno de los grupos importantes del congreso.

Secretarios de Actas fueron el brillante profesor Luis Juan Guerrero y Mauricio López, a quien ya he nombrado. El Congreso sesionaba dos veces al día y su programa incluía sesiones plenarias y ordinarias, con ponencias particulares.

El tema de los invitados es muy importante. Entre ellos, sin duda, Martin Heidegger era la figura descolante, aunque no pudo venir. Se nos dio una disculpa, y no recuerdo haber escuchado entonces la real explicación, que vine a conocer más tarde. El profesor Heidegger estaba interdicto de dejar su país por su vinculación (si fue temporaria o permanente es cuestión que aún se discute) con el nacional socialismo. El servicial chileno Farías se encargaría de difundirlo años después.

El maestro por cierto no asistió aunque se hizo presente a través de un breve mensaje, pero de los 14 filósofos alemanes que vinieron, 8 eran discípulos suyos, entre ellos Eugen Fink, Gadamer, Landgrebe, Hartman, Bollnow, También participaban del congreso Jarl Jaspers, que fue amigo y crítico de Heidegger, Ludwig Klages y Wilhelm Szilazi, todos ellos más tarde evocados y leídos en nuestras clases como alumnos.

De Italia vino una delegación muy nutrida, 24 profesores, entre los cuales se hallaban nada menos que el hegeliano Benedetto Croce, el existencialista Nicola Abbagnano, y otros que fueron aquí muy conocidos como Galvano della Volpe, Grassi, y Luigi Pareyson que había entrado antes como profesor de la Universidad. De Francia llegaron 10 profesores, algunos de ellos muy famosos como Gabriel Marcel, un existencialista católico que tuvo en la Argentina muchos seguidores, Louis Lavelle, Maurice Blondel, el estudioso de Bergson

Jean Hypolite, y el tomista Garrigou-Lagrange. España mandó a algunos filósofos que fueron después profesores nuestros como Ángel González Álvarez y Adolfo Muñoz Alonso. También vinieron García Hoz, Julián Marías y otros hasta el crecido número de 16 asistentes.

Obviamente no haré la nómina de otros visitantes procedentes de Estados Unidos, México, Perú, Chile, Bolivia, Colombia. Solo recordaré que no hubo representantes de la Cuba anterior al socialismo, ni de países socialistas. Entre los mexicanos quiero mencionar a José Vasconcelos, entre los peruanos a Alberto Wagner de Reyna, Francisco Miró Quesada y Mariano Ibérico.

Los temas de las 3 primeras sesiones plenarias dan cuenta, sin duda alguna, de la orientación que prevaleció en el Congreso.

Tema de la 1ª sesión plenaria: “La filosofía en la vida del espíritu”. 2ª: “La persona humana”. 3ª: “El existencialismo”.

(En la 4ª el tema fue “Corrientes de la Filosofía Contemporánea, y en la 5ª hubo homenajes a los centenarios de Goethe, Francisco Suárez y Enrique Varona)

El acto final del Congreso se hizo el sábado 9 de abril en el Teatro independencia. (He comprado para regalarlo, el diario Los Andes del día siguiente, y no sé si todavía podrán pedirse copias). Antes del cierre por el Gral. Perón, hablaron el peruano católico Alberto Wagner de Reyna y el Rector Cruz.

III

En el Congreso - para decirlo de una manera un tanto simplificadora - se dio el debate entre el tomismo, juntamente con las filosofías académicas por un lado, y por otro la fenomenología de Edmund Husserl, cuyo discípulo más notable, y disidente, era Martin

Heidegger. Pero ahora voy a detenerme en el discurso de Perón, para destacar lo que otorga a mí ver a este Congreso el carácter de un acontecimiento histórico.

Leeré unas palabras de Perón en ese célebre discurso que con el tiempo dio lugar a una de las obras más relevantes del Conductor: La Comunidad organizada:

“siempre he pensado que mi oficio (militar) tenía algo que ver con la filosofía. El destino me ha convertido en hombre público. En este nuevo oficio agradezco cuanto nos ha sido posible incursionar en el campo de la filosofía. He querido ofrecer a los señores que nos visitan una idea sintética de base filosófica sobre lo que representa sociológicamente nuestra tercera posición. No tendría jamás la pretensión de hacer filosofía frente a los maestros del mundo en tal disciplina científica, pero cuanto he de afirmar se encuentra en plena realización. La dificultad del hombre de Estado responsable consiste casualmente en que está obligado a realizar cuanto afirma”.

Inicia Perón su exposición con un análisis del presente, advirtiendo sobre “la más profunda crisis de valores que registre la evolución humana”.

Esta crítica, centrada de fondo en la civilización occidental cuya hegemonía mundial creciente durante 2500 años ha sido innegable, preside el pensamiento de Heidegger y sus continuas repercusiones hasta nuestros días, en que seguimos viendo la caída moral y espiritual de esa civilización, pese a las apariencias de una modernidad todavía activa y productiva. (Un pequeño ejemplo de esa corriente crítica lo hemos tenido entre nosotros en el reciente seminario de la AFCPA titulado “El paso atrás”, al que asistí en mayo y parte de junio). No pudiendo por ahora extendernos en la profundización de los temas que estamos recordando, diremos que

esa visión de los filósofos que venían de la posguerra europea, y de la filosofía existencial – desgarrada toma de conciencia de la situación del hombre en el mundo frente a los paradigmas lógicos y la impasibilidad de la ciencia pura, por no hablar del estallido manifiesto en el arte y la literatura, que no era tema del Congreso - viene a ligarse , como veremos, en el pensamiento de Perón y en la rica atmósfera del Congreso mismo, con un renacer situado en América.

Allí tenemos delineados los dos polos básicos del discurso De Perón, que a partir de la crisis contemporánea se vuelca al tema de la reconstrucción del hombre. Y se centra de modo claro y ostensible –y esto quiero subrayarlo con firmeza- en la persona humana: ni el laissez faire del liberalismo, ni el hombre sometido al Estado todopoderoso, ya sea éste fascista o comunista, aparecen en la propuesta teórico-práctica de Perón, sino el hombre en su dignidad y plenitud, representado por la imagen simbólica del centauro - que nos hizo arriesgar en un libro sobre Marechal (1999) su posible participación en el texto- No es aventurado pensar que los discursos de líderes políticos sean revisados por asesores, pero estos jamás se atreverían a modificar lo que está dicho en primera persona, y con gran fuerza, en el texto de La comunidad organizada). Esos agregados suman datos o refuerzan lo dicho, como podría ser introducir la imagen simbólica del centauro, que es marechaliana. (En 1940 Leopoldo Marechal había obtenido el Premio Nacional de Letras por sus obras El centauro y Poemas a Sofía y esa imagen estaría en el medio intelectual de la época, especialmente entre los asesores del General, si no fuese uno de ellos el propio autor de El Centauro.)

La comunidad organizada es el texto de un predicador moral y espiritual, que habla de la formación de la persona, la dignidad, la

vida, el amor, los valores morales y la preocupación teológica. La vida del hombre es diseñada como un camino de perfeccionamiento que se perfila entre la libertad y el orden.

Se impone ante todo la superación del egoísmo individualista por la construcción de la persona, a través de un trabajo que elimina las oposiciones entre cuerpo y alma, o entre espíritu y materia.

Trasladado esto al orden social, Perón postula radicalmente la superación de la lucha de clases. Su movimiento queda definido como pluralista y volcado a la formación, plenitud, y felicidad de sus hombres y mujeres.

Reitera el conductor esta idea: La persona es la célula de la organización social. Esa persona no debe ser absorbida o destruida por la prepotencia del Estado (cap. XXI) . La metáfora del centauro se traslada a la sociedad, una sociedad-centauro que nuevamente evoca expresiones de Marechal como: la patria debe ser una provincia de la tierra y el cielo.

Soy consciente de que este punto merece más detenimiento y profundidad, pero en esta ocasión me es imposible otorgarle mayor desarrollo.

IV

Como último apartado de esta modesta disertación, señalaré algo que debería ser más estudiado: las coincidencias profundas del contenido principal del congreso con el discurso de cierre del anfitrión, consciente de su responsabilidad histórica, quien hizo suya la invitación y le dio plenamente su contenido político. Señalaré someramente esos puntos, que pueden ser los siguientes:

a) la crítica de la modernidad occidental en su destrucción de los valores, los excesos de la ciencia, la filosofía racionalista, el culto del

materialismo y del dinero, el progresismo sin límites, el divorcio entre la ética y la política y la mecanización de la vida.

b) la propuesta –suscripta por tomistas y fenomenólogos, de una vuelta o giro (una Kehre, para decirlo con un término heideggeriano) destinada a restaurar el sentido de la vida, la orientación de la cultura y la educación sobre la recuperación de los valores, en la iniciación de una nueva etapa histórica.

c) la reconstrucción de la persona humana como célula básica de la sociedad.

d) el rol de América como continente de la posibilidad , y de la Argentina como heredera de Europa.

(Perdón por algunas generalizaciones que podrían ser afinadas en la compulsión del material del Congreso).

Perón tenía cierta formación filosófica, aunque fuera de algunos libros siempre releídos; uno de ellos era Vidas paralelas de Plutarco. Eva lo leía también, por indicación suya : no es poca cosa leer a un autor de la época helenística, que aproxima a las culturas griega y latina, y las transmite a la posteridad.

La síntesis clásica de Perón en su conversación habitual era: Todo en su medida y armoniosamente. (Médén ágan).

Para concluir, quiero decirles que no he sido una asistente más, una estudiante que se halló presente en el Congreso de Filosofía del '49. He sido –bien o mal- una discípula, que desplegó por muchos años la enseñanza recibida en ese Congreso donde estuvieron mis maestros americanos y europeos. Allí hallaba a mis maestros en ausencia, Husserl y Heidegger, y en presencia Gadamer, cuyo libro Verdad y método sería luego para mí un libro de cabecera; allí estaban Croce, teórico de la poesía, y Marcel, Abbagnano, Hartmann, por no hablar

de Vasconcelos, Wagner de Reyna que fue tan amigo de mi casa en los tiempos difíciles, Francisco Maffei o Manuel Gonzalo Casas, mis amigos maestros. Y el húngaro Miguel de Ferdinandy, a quien escuché hablar del mito, uno de mis temas permanentes. (No encontré entonces a Kusch, que tendría 26 o 27 años y no asistió al Congreso, pero sin duda su pensamiento viene de esos mismos maestros; 4 años después, en el 53, publicaba La seducción de la barbarie.)

El detalle de esa herencia recibida podría llevarme ahora a detallar mi trayectoria, mi adhesión a las ideas de Husserl y Heidegger, sin que esto signifique adherir al nazismo ni encerrarme en la perspectiva eurocéntrica de Husserl. (Desde hace más de veinte años asisto a las reuniones del Centro Pucciarelli, que ha tenido la deferencia de hacerme Miembro Honorario)

Avatares de mi vida me trajeron a Buenos Aires, y tuve inicialmente horas de cátedra en la Universidad del Salvador, donde inicié mi prédica de un nuevo humanismo americano que no renunciaría a la herencia occidental. Poco después, - habiendo formado ya un Centro de Estudios latinoamericanos que tuvo el apoyo de la Orden Franciscana, y sería otro capítulo examinar su desarrollo dentro y fuera del país- accedí a la cátedra de Introducción a la Literatura entre 3 ganadores de un difícil concurso que tenía 21 postulantes. Contaré una pequeña anécdota: mientras la totalidad de los concursantes repetían a Tzetan Todorov, autor de un reciente libro que justamente tomaba el tema de las clases de oposición,- que fueron grabadas para su análisis- por mi parte hice la crítica de esa obra en nombre del humanismo, y los jurados - luego amigos- me contaron que fue un escándalo, pero me nombraron por mis antecedentes en la Universidad de Cuyo. Desde esa cátedra donde llegué a ser titular, y luego desde la de Teoría Literaria, y otras

cátedras o lugares ocupados, me propuse introducir conceptos y orientaciones que no figuraban en las sucesivas cartillas de los Lingüistas y Semiólogos, por un lado, y de los Marxistas o Seudomarxistas por el otro.

Detallar esa larga lucha filosófica -cuyos resultados no me corresponde a mí evaluar- sería abusar de la atención y la generosidad de ustedes. Ya han tenido demasiada paciencia al escucharme, y les pido disculpas. Muchas gracias